

U L T R A

Alberto era, sin disputa, una inteligencia sólida y poderosa. Después de haber terminado con brillo su carrera, había empezado a ejercerla con aplauso y fortuna; la originalidad de su imaginación y la novedad de su estilo, llamaban tanto la atención como su erudición y sus conocimientos. Además, había obtenido éxito como orador y como periodista, y, a pesar de su juventud, dos a tres obras de crítica literaria y filosófica le habían dado una reputación y una notoriedad excepcionales en nuestro medio intelectual. Por su inteligencia y por las condiciones de su carácter era querido por todos sus amigos, y aun cuando era excéntrico, profundamente excéntrico, con todas las originalidades de un temperamento algo desequilibrado y extraviado, vibrando a impulsos de una imaginación ardentísima que toda la fuerza de su razón no era bastante a contener.

Nervioso y excéntrico lo había sido siempre desde su niñez, de la que recordaba algunas particularidades bastante extrañas. A los diez años, entre varias sensaciones raras, recordaba haber experimentado una muy difícil de explicar, consistente en percibir como cosas pasadas y conocidas los hechos presentes; más tarde había encontrado

la explicación de esto en la obra de Maudsley; pero en él aquella sensación se presentaba con mucho más frecuencia que en los casos generales. Otras veces era una ilusión de cambio de personalidad, una especie de desdoblamiento instantáneo del yo, apareciendo y desapareciendo en un ritmo que le permitía imaginarse que tenía dos vidas. Recordaba otros hechos singulares: haber experimentado una *sensación de abarcar espacio con el pensamiento* muchas veces que apretaba con fuerza los dientes, y haber estado largo rato haciendo esfuerzos para pasar *a otro modo de existir* al oír sonar, en un momento de distracción, una campanilla de timbre idéntico a la de su despertador. En las obras de medicina había encontrado, como manifestaciones de *temperamento demente*, muchas sensaciones que él había experimentado también: la obsesión de hacer cualquier cosa sin importancia; el horror por ciertas palabras, dar a otras una significación misteriosa; no pisar las juntas de las losas, al caminar. Por último, el exceso de imaginación había acabado por viciar su sensualidad y sus sentimientos; por la noche, antes de dormirse, pasaba horas enteras imaginando cuadros e historias que evocaba con gran claridad, y tal era su poder de imaginación, que lo hacía a menudo de día, en medio de las conversaciones más animadas. Debido a esto hablaba muy poco, y hasta pasaba por poco inteligente, sobre todo en su familia, y, cuando empezó sus estudios en la Universidad la misma opinión se habían formado de él, al principio, los estudiantes, a causa de su timidez y su silencio, hasta que sus excepcionales condiciones de inteligencia lo pusieron pronto a la cabeza de todos sus compañeros.

Entre todas estas peculiaridades de su temperamento psicológico, que, careciendo de los conocimientos necesarios, interpretaba Alberto, en su infancia, por medio de extrañas teorías que él mismo inventaba y desarrollaba, había una que más tarde encontró también citada en las obras de medicina, aunque sin acompañarla de ninguna explicación satisfactoria: la relación que se observa muchas veces entre un ruido exterior que nos despierta y la marcha de un sueño. Cada vez que, en medio de la noche, lo había despertado un ruido cualquiera, la caída de un libro, el golpe de una puerta, este ruido había coincidido con la detonación que finalizaba un duelo o una partida de caza con que soñaba en ese momento. Y el tiro llegaba siempre a tiempo, cuando la res era alcanzada o después de todas las formalidades del duelo, de modo que era, por fuerza, necesario, que el sueño viniera anticipadamente combinándose para producir la coincidencia, o, si no, que fuera instantáneo, y que todas esas peripecias se presentaran a la imaginación en el instante mismo del golpe, siendo, en este caso, una ilusión el tiempo transcurrido. De todo esto hacía él mil deducciones: que el tiempo no existía; que éste podía estar en diferentes momentos para cada individuo, o que no corría siempre con la misma rapidez, pudiendo a veces acelerarse y a veces retardarse. Más tarde, cuando hubo estudiado psicología, se preocupó de buscar en los textos la explicación de todo aquello; con este motivo, hizo un detenido estudio de los sueños; consultó muchos autores: Maudsley, Lernes; pero algunos problemas, entre ellos el de los sueños intelectuales, no llegaron a preocuparlo especialmente sino más tarde, cuan-

do un hecho extraño que todos los otros vino a llamar sobre esos estudios toda su atención, y a cambiar de tal modo las condiciones de su carácter que bien pronto lo notaron todos sus amigos, a pesar de los caprichos y originalidades a que los había tenido siempre acostumbrados.

Desde hacía algún tiempo Alberto no producía nada y afectaba una especie de desprecio o más bien de odio por todas sus antiguas obras. Muchas veces, sin embargo, se le veía recorrer todos los círculos de amigos, pidiendo opiniones sobre alguna frase, algún pensamiento o algún verso, en cuya extraña forma empezaron a ver, todos, los primeros síntomas de un desequilibrio cada vez mayor. Estos pensamientos solían no tener sentido alguno; pero, generalmente, eran frases muy bellas y nuevas, sumamente originales, aunque exageradamente figuradas y metafóricas. También notaron que Alberto se había entregado con mayor ardor a los estudios filosóficos, abandonando, en parte, por ellos, todas sus ocupaciones habituales.

Lo que leía Alberto durante sus largos encierros, eran todas las obras de psicología en que podía encontrar estudios sobre el sueño. Quería estudiar, dudar, convencerse de que no podía ser cierta una idea que lo atormentaba desde hacía algún tiempo, y que había acabado por convertirse en una verdadera obsesión en su cerebro.

Al principio, el hecho no lo había preocupado absolutamente. En algunos de sus cuentos y artículos había dado cabida a dos o tres frases más o menos ingeniosas, que se le habían ocurrido durante el sueño. Hasta recor-

daba que algunas veces, cuando niño, había dejado, al acostarse, papel al lado de su cama, para apuntar alguna idea que pudiera ocurrírsele. También, más tarde había escrito un cuento, con el único objeto de introducir en él una escena fantástica, única, que recordaba de un sueño olvidado: A la caída del sol, por el campo desierto, un trabajador volvía a su rancho; al divisarlo en el horizonte, veía también en el lado opuesto a él, a la muerte, con la forma de un esqueleto que proyectaba ante sí, sobre el aire, su nombre de un tamaño desmesurado. Veía a la muerte erguirse, dibujando en el cielo su rígida figura, y extender el brazo. Entonces la sombra empezaba a crecer, a alargarse, y a dirigirse hacia el rancho cada vez más negra. El hombre caía de rodillas. La sombra seguía avanzando "aleteaba sobre la ventana", y entonces todos los cristales, que brillaban al resplandor del sol que se ponía, se apagaban a la vez. Al entrar al rancho, el trabajador había encontrado muertos a todos sus hijos. El cuento no había salido muy bueno; la escena había sido introducida casi a la fuerza, y los críticos notaron falta de unidad e interés. Pero lo que principalmente preocupaba a Alberto, era no haber podido describir, tal como lo había visto, aquel cuadro, que resultaba pálido y vulgar. A él, sí, lo horrorizaba, porque lo había visto en sueños; pero no sucedía lo mismo con los lectores. Al fin, sus propios recuerdos se borraron, y él mismo acabó por encontrar estúpido su cuento.

Pero una frase había conservado, para él, todo su horror, produciéndole un estremecimiento cada vez que la recordaba. Las palabras "aleteaba sobre la ventana", re-

firiéndose a la sombra de la muerte, las había oído de una manera especial, que se manifestaba en cierto modo de soñar muy común en él, y que dejaba las frases que él oía de este modo, envueltas en un velo de extraños recuerdos y de vagas asociaciones de ideas llenas de horror y de misterio: Consistía este modo de soñar, no en representarse las cosas sino en *oír*las; en oír, a veces durante largo tiempo, palabras y frases, como si le fueran dichas en el pensamiento, y sin que ninguna voz pareciera pronunciarlas. En su elaboración no tomaba ninguna parte la conciencia; parecían, al mismo tiempo, interiores al pensamiento y extrañas al yo. Alberto estaba persuadido de que soñaba de esa manera la mayor parte de la noche, y muchas veces había dudado que aquello pudiera proporcionar un verdadero descanso mental; pero, seguro como estaba, por sus estudios, de que aquella especie de conversación interior no era producida más que por los vínculos mecánicos que asocian las ideas, sin que en ella desempeñara el menor papel la lógica ni trabajara en nada la reflexión, no había dado a su temor mucha importancia, pues sólo el trabajo de la reflexión y de la voluntad debían producir un gasto de fuerza tan intenso como para ser perjudicial. Estaba, pues, seguro, de que todas aquellas palabras sólo formaban frases sin sentido, cosa que no podía comprobar porque todas ellas se le olvidaban, casi siempre, en seguida o en los minutos semi lúcidos que siguen al despertar. Recordaba que, durante el sueño, las frases le parecían notables; los pensamientos, ingeniosos; los versos, bien medidos; pero, como la psicología había demostrado, la facultad de pensar y de asociar reflexiva y lógicamente las ideas, y, por

consiguiente, la de apreciar el sentido de los pensamientos, eran propiedad exclusiva del cerebro despierto, sin que pudiera concebírselas en el sueño.

Sin embargo, algunas veces las frases no eran olvidadas, sobre todo cuando algún ruido exterior venía a interrumpir de pronto la marcha del sueño y a producir un repentino despertar. Entonces la última frase quedaba en la memoria. Alberto recordaba algunas, y lo que empezaba a preocuparlo era que, a pesar de no haberlas pensado, no eran absurdas y sin significación; tenían sentido, porque la asociación las había formado con cierta lógica que él quería suponer incidental.

Pero, recurriendo a su voluntad, y acostumbrándose a repetir, al despertar, frases del sueño, consiguió recordar algunas, y en todas encontró sentido y originalidad. Una noche despertó con este verso en el pensamiento:

"Rodaron de sus ojos perlas de farsa"

dodecasílabo bastante armonioso, en que, además de la exactitud métrica, era notable la original comparación con que se hacía alusión a las lágrimas. Otra noche conservó este pensamiento:

"Ciertas agudezas son pinchazos de ángulos faciales"

Como de costumbre no penetró el sentido de la frase hasta un rato después.

Pero cuando su inteligencia acabó de aclararse, al comprender todo el alcance de la metáfora, su asombro se convirtió en terror. La frase era, como las otras que recordaba de sus sueños, muy figurada y hasta oscura; pero esta vez de una originalidad inmensa, extraña, notable! Ciertas agudezas eran pinchazos de ángulos faciales,

porque los ángulos faciales que median el cerebro que las producía eran agudos, cualidad necesaria para pinchar, y producían, por consecuencia, tonterías o estupideces que se decían como agudezas. Era necesario un esfuerzo intelectual intenso, o un temperamento profundamente sintético, para comprender toda la sutileza de aquello, y era necesario un temperamento más sintético todavía, y un talento más que vulgar, para haberlo pensado. ¿Acaso había hecho él, nunca, frases más originales?

Entonces pensó Alberto por primera vez que no había razón para que los miles de frases que soñaba y olvidaba cada noche fueran menos notables que aquellas, y, a pesar de todas sus teorías y estudios sobre el sueño, pensó con espanto en la gloria que así perdía, y en la cantidad de inteligencia que debía perder también. Recordó que soñaba así, a veces, durante horas enteras; que, de todo lo que oía en estos sueños, sólo quedaba casualmente, alguna noche, la frase última, y vino a un espíritu la idea de que aquel talento que sus amigos y el público elogiaban y admiraban tanto no era más que un residuo, una sobra, una parte mínima del suyo, puesto que la mayor parte de él se gastaba, así, de noche, sin dejar rastros, en hacer frases destinadas a perderse para siempre. Y, como una obsesión, desde aquel día en adelante, se fijó en él esa idea, que en vano trató de combatir.

En efecto: si, como lo decía la ciencia, sólo la asociación mecánica de las ideas funciona en el sueño, es claro que ella, acercando dos palabras que estuvieran unidas por contigüidad o semejanza a una tercera, podían producir una metáfora, puesto que esta figura se caracteriza

por la unión de dos ideas que se encuentren en esas condiciones. Pero, en ese caso ¿cómo explicar el sentido, el mérito, la originalidad constante de esas frases? Dos ideas, acercadas inconscientemente por la asociación en virtud de estar ligadas a otras, podían, por casualidad, dar origen a una metáfora bella y con sentido; pero, en la mayoría de los casos, debían dar origen o a frases oscuras, disparatadas o vulgares. Pero ¿por qué las frases notables salían siempre? ¿Era razonable admitir que las pocas que semejante procedimiento inconsciente podía formar, fueran precisamente las que, por circunstancias completamente accidentales, llegaran a quedar en su memoria?

Y así esta idea fue apoderándose de él. Luchó por algún tiempo; pero la obsesión lo dominó por completo cuando, al despertar de otro sueño, se encontró con la frase que debía desequilibrarlo del todo. Esta vez la duda no cabía: se trataba sencillamente de algo grandioso, genial.

"Un rey era tan poderoso que tenía... (aquí unas palabras olvidadas) y la Nubia por azabache!"

Necesitábase, a la verdad, una inteligencia que saliera de lo vulgar para comprender el sentido de aquella frase; para asimilar la idea del azabache, cosa *negra* que sirve de juguete, de diversión, de adorno, y la idea de la Nubia, cosa *negra* por ser un país de negros, que servía también de diversión y de adorno al absolutismo caprichoso del poderoso rey. Y para hacerla, no era necesario más que genio ¡y qué genio! un genio original y peculiarísimo, capaz de darle a las frases aquel carácter profundamente nuevo y extraño. Y, por consiguiente, él, el autor inconsciente de la frase, tenía aquel genio; pero

ningún provecho sacaba de él, lo perdía, *se le iba* de noche, en los sueños, en el estupendo trabajo mental necesario para hacer todas aquellas frases perdidas para siempre. Y ahora, no había duda: todas ellas eran así. Hubiera podido recurrir todavía a la asociación de ideas que, en realidad, podía haber pasado de la idea de la Nubia a la idea de azabache por la idea de negrura, ligada a las dos; pero ¿cómo explicar lo demás, la precisión, el sentido, lo del rey? Dejóse dominar por completo y ya no pensó.

Y entonces el desequilibrio llegó a su colmo. Entregado a su idea fija, recorría los círculos de amigos, repitiendo sus frases, y desesperándose por su genio perdido. El desequilibrio se revelaba también en su lenguaje: lo que tenían aquellas frases, lo que les daba su extraño carácter, era que, por haber sido construídas por otra lógica, la lógica del sueño, traían *la marca del otro lado*; el sello de lo misterioso y lo desconocido, el sello *ultra*, a cuya vista o a cuyo presentimiento, se producía una admiración fría, mezclada casi con horror. ¡Y aquellas frases se le escapaban todas! Pero él había de apoderarse de ellas: ya había puesto en práctica, con ese objeto, un procedimiento de su invención, que consistía en colocar a la cabecera de su cama una docena de despertadores, para que los individuos *que conversaban*, sorprendidos por el despertador, no tuvieran tiempo de escapar. Era así que, después de la frase de la Nubia había conseguido oírles otra: en momentos en que el despertador sonaba, uno de ellos respondía al otro, que le preguntaba si su hija era materialista, que ésta era todavía *fruta demasiado verde para*

ese gusano. Esta no era precisamente una gran cosa; pero traía el sello. Y estaba seguro de encontrar pronto más frases como las otras. ¡Las otras!; Tener la Nubia por azabache!!!

.....
.....
.....

Varios meses después la familia de Alberto sintió una detonación, y los que entraron en su cuarto lo encontraron muerto en su cama. Se había disparado un tiro en la sien, probablemente en medio de la angustia producida por alguna frase que había sentido evaporarse entre su memoria; convencido de impotencia para arrancar algunos granos de aquel fósforo rico y brillante, que se consumía en aquella combustión ignorada, sin espectadores y sin gloria. Sobre su velador se encontraron muchos libros de psicología, tratados sobre el sueño, con subrayados y notas escritas al margen. Había también obras de filosofía, en que había subrayado frases sobre Dios, sobre la inmortalidad del alma y la vida futura. Se conocía que había tratado de volver a las ideas espiritualistas de su infancia, y de convencerse de que realmente podía haber detrás de la muerte algo parecido a lo que debía haber detrás del sueño.

Docteur Pascal.